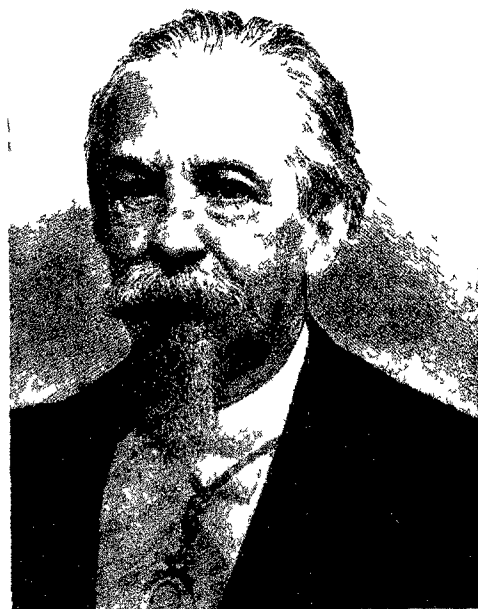


ROMANTICISMO Y POSROMANTICISMO

CUANDO en los años medios del siglo XIX triunfa plenamente el movimiento romántico, España recupera de hecho y de derecho el sentido histórico de tradición que habíamos perdido no muchos años antes. El romanticismo no era en realidad un anhelo, ni siquiera un anhelo, sino más bien una imperiosa necesidad del espíritu, y, más aún, de los destinos emotivos y sentimentales del hombre. Punto de referencia: nuestro glorioso Siglo de Oro. Sin embargo, habrá que observar que el romanticismo en Lope, en Tirso, en Calderón y en nuestros inmortales del XVI y XVII tiene pocas concomitancias con el que, importado de Alemania, de Escocia, de Italia y, principalmente, de Francia, floreció en España a partir "oficialmente" de 1835, después de cruzar la frontera en el equipaje de nuestros emigrados políticos. En nuestro romanticismo decimonónico hay un gesto de rebeldía aderezado con cierto sentido político. Victor Hugo, en París, había dado la pauta con el estreno alborotado y triunfante de "Hernani", aquel 25 de febrero de 1830, en el teatro Francés, de París. El liberalismo venía disfrazado con las galas del sentimentalismo. Martínez de la Rosa, Roca de Togores, Manuel José Quintana, García Gutiérrez, el duque de Rivas, Hartzenbusch, Espronceda, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, representantes genuinos del romanticismo español, abren con Larra el ciclo de un proceso histórico. "Figaro"—se dice—pone fin a sus días ante un fracaso femenino, ante un imposible juego de amor. Fútil pretexto. Larra era demasiado inteligente y comprensivo para dejarse vencer por una volubilidad amorosa del destino. Si pudo ser y así debió ser, eso sí, la gota de agua que rebasó la copa de sus desengaños íntimos. El pistoletazo wertheriano de aquel lunes de Carnaval de 1837, no era sino la consecuencia ilógica de una inadaptación al ambiente, una rabieta trágica de niño mimado al que no le salen bien las ilusiones que ha concebido sobre una España imaginada en la noche febril de sus sueños con los ojos abiertos. ¿Cobija sólo el "Parnasio" una tertulia literaria? El romanticismo, ya lo dijo el padre del movimiento en Francia, el célebre autor de "El 83" y de "Los Miserables", no era sino el liberalismo en las artes, en las letras, en la filosofía y en la política, en todas las actividades del transcurrir del espíritu y de la sensibilidad humana. Se había, pues, tergiversado el sentido romántico de nuestro deslumbrante Siglo de Oro. Cabría estudiar para un análisis completo y justo la distancia que media entre la Revolución Francesa política de 1893, y la literaria de 1835, porque en esta paridad de fechas está la clave en cierto modo perturbadora que hizo variar el ritmo y los órdenes de la vida española. No hay duda de que el romanticismo, a pesar de su sentido fúnebre y egolátrico, de haber centrado toda la fuerza conmovible de su destino en la exaltación doliente y apasionada de las penas del individuo, fué un estilo y no una moda, una manera de ver y entender la vida de una generación o de una época. El romanticismo, como todos los estilos, marca un hito en el transcurrir lento y proceloso de los siglos. Alguien ha dicho que cuando Roca de Togores, al pie del nicho de Larra, en el desaparecido cementerio de la Puerta de Fuencarral, pronuncia la oración fúnebre en homenaje póstumo al malogrado escritor matritense, símbolo del romanticismo inmolado en aras de una inadaptación, mejor que de unos amores frustrados, se abre un capítulo en la historia del sentimentalismo literario y artístico

español para comenzar otro. Si de algo peca, además, el romanticismo del XIX, es de su sentido lúgubre y masoquista de la vida en contraposición con el espíritu religioso que animó el movimiento. ¿Era, en realidad, como se ha dicho, un retorno conceptual a la Edad Media? Es muy complejo el análisis del grito renovador del pensamiento. Era el liberalismo contra la fuerza agobiadora del absolutismo; el triunfo de lo antagonico, de la fuerza contraria de las directrices de un credo político. Sobre este concepto político-social de la vida española quedaba flotando en la atmósfera decimonónica el perfume espiritual y poético del verdadero romanticismo que embelleció las ansias transformadoras de aquella juventud, porque, como dijo Nicomedes Pastor Díaz, de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra región, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios, o cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces a sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece, y se eleva a él, y desde su altura, como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espacio y de la eternidad preside. El espíritu auténticamente romántico queda flotando en el vacío y así se explica que pasados los años tres poetas señalen la resurrección o la supervivencia de la sentimentalidad lírica. ¿Pero es que había muerto, que podía morir el romanticismo? Zorrilla, Gustavo Adolfo Bécquer y el mejicano Amado Nervo, algunos años residente en Madrid, señalarán el triunfo póstumo de nuestro verdadero romanticismo Bécquer, con Nervo, significan los dos últimos eslabones de la exaltación apasionada y doliente del sentimiento. Zorrilla y Bécquer se complementan y unifican con sus leyendas; Bécquer y Nervo con sus versos. De un lado, la bella y emotiva concepción de las "Rimas"; de otro, ese conmovedor rosario profano de los versos, y más aún, el prólogo de "La amada inmóvil". El sentido acusadamente romántico del inmortal libro de Nervo sólo puede compararse, salvando las distancias a favor del poeta, con "La dama de las camelias", de Alejandro Dumas (hijo). Margarita Gautier es una ficción literaria, casi un símbolo, con visos de realidad. Ana Cecilia Luisa Dailliez es la realidad misma, el amor inolvidable del poeta que narró las últimas horas angustiosas y febriles de su vida. Julia Espín, la musa de "Las golondrinas", fué una sombra casi en la vida llena de exaltado lirismo e inspiración del vate del Sevilla. Bécquer entrevé la felicidad y ante el peligro de perderla renuncia a ella. Nervo vive el amor que viene a morir en sus brazos. Cuando el 29 de noviembre de 1953, un grupo de escritores y poetas acudimos al cementerio de San Lorenzo y San José, y ante el nicho de "La amada inmóvil"—Ana Cecilia Luisa Dailliez—pronunciaba yo la lírica oración fúnebre que justificaba la ofrenda de unas flores y leía por vez primera ante ella el "Ofertorio" con que abriera poéticamente su libro Nervo, y otros vates de hoy recitaron para ella sus versos, exaltábamos la figura y el recuerdo de un amor pasional y literario, que en cierto modo dormía en el olvido. A más de un siglo de



José Zorrilla.



Gustavo Adolfo Bécquer.



Amado Nervo.

distancia, el romanticismo daba su inefable señal de existencia. Es por eso, tal vez, por lo que al amor no se le puede poner fecha.

Mariano SANCHEZ DE PALACIOS